

MAXIMON

Luis Batz

Mucho se ha escrito, mucho se ha forzado en dar una interpretación del origen de este legendario personaje, pero no parece convencer. Cuando dicen que Maximón viene del nombre de Simón Júdas, Judas Iscariote, etc.

El caso es: el nombre de Maximón viene del puro Folklore atiteco, nacido de los vocablos, giros y de la verbosidad netamente tzutuhil.

MACHO CABRIO

XIMON: AMARRADO? ENVOLTORIO? ROPAJE, NUDOS PLANOS, ENCIMADO ETC. Pero si lo dejáramos así, sería simplemente un muñecón. No, tiene algo que lo personifica algo que le dignifica y lo eleva al rango de los dioses tzutuhiles. Un corazón de plata, es el centro, el núcleo, el meollo, la vivencia y es a la vez el fundamento de fe de los antiguos aborígenes. Importando poco sus miembros inferiores, horcón de palo de pito (tzitité).

En las supersticiones tzutuhiles, el personaje adolece de un desenfreno sexual y castiga despiadadamente a sus rivales.

Al personaje le dan diferentes nombres pero el nombre más permitido en el caló de la truhanería es el de don Pedro de Alvarado, ya que el de Maximón, como también el de REJALAJMAM (Hombre legendario) no suenan bien a sus oídos.

Cuando alguien mira por las esquinas de las calles oscuras, una brasa al rojo vivo del puro u oye los cascacos sonoros sobre el empedrado, es seguro que don Pedro ha emprendido un viaje de inspección donde su presencia es solicitada para enderezar algún agravio cometido contra algún inocente y castigar al malhechor.

Un tabacónomo que suele andar de noche por todos los caminos de sus dominios ya sea a pie o cabalgando sobre invisibles caballos, que sólo se oye el galopar y relinchar de vez en cuando en las noches silenciosas de plenilunio y el olor a tabaco dejando impregnado el ambiente por donde va soltando bocanadas de humo, que llega como gracia aromática a las narices de los cansados viajeros que pernoctan en cabañas a la orilla de los caminos, y sólo se persignan balbuciendo una sencilla oración a sus dioses, ya pasó el santo terrenal, nadie pronuncia el nombre de maximón o el de rejalajmam, por ser personajes de alto rango en la creencia tzutuhil.

La jurisdicción de don Pedro es vasta, si algún paciente no siendo tzutuhil, le solicita sus servicios, las personalidades estudian y dialogan: porque habrá que solicitar permiso hasta las altas cumbres de María Tecum, o hasta los límites de Pascual Abaj y si fuera por la costa, habrá que llegar hasta dominios del grán Nelson o hasta la piedra Santa. Para que don Pedro tranquilamente llegue a rondar la casa del enfermo, y castigar a los enemigos infiltrados en sitios, paredes y demás escondites descubiertos por el grán señor y Santo.

Como decía: es despiadado contra sus rivales, una noche se oyeron gritos desgarrantes en una parte del poblado, pero quién era capaz de intervenir a sabiendas que don Pedro era el que estaba castigando con saña al infeliz, los moradores únicamente pegaron sus narices junto al cerco de caña de sus ranchitos y solo alcanzaron a ver a la víctima, quien iba suspendido y era sacudido violentamente por una fuerza invisible con rumbo al campo santo.

El personaje es bastante enamorado y persigue con ahinco a la mujer que le encante y subrepticamente hace su entrada sin que la muchacha se dé por enterada de que está siendo objeto de visita.

Un renombrado escritor dice: que cuando el personaje fué creado por la mitología tzutuhil, su primera solicitud fué la compañía de la mujer prostituta, aún este término no es aplicable en nuestro medio, entre los tzutuhiles no existe la prostituta en el sentido textual de la palabra, mucho menos en las edades remotas de nuestros antepasados. Más sería la infiel, la amancebada, la fornicaria, la adúltera, porque todo esto se hace a hurtadillas y los amoríos del gran don Pedro, todos bajo una secretividad que ni la misma mujer se daba cuenta que es objeto de celos y desvelos del hombre legendario.

Un grupo de señoritas, para un 25 de Julio, dispusieron venir a la parranda, procedentes de San Lucas Tolimán, en aquellos tiempos cuando aún no había carretera. Quizá media hora habían arrancado caminata, cuando llegó de casa en casa de las muchachas la voz de un caballero preguntando por sus nombres, cuando le abrían las puertas solo oían el galopar de la bestia por otras calles aledañas. Al amanecer la novedad de que Maximón de Santiago Atitlán había llegado por las tolimeñas.

Muchos aseguran haber topado con él, por las calles, le saludan reverentemente, más el personaje sólo medio se hace a un lado respondiendo el saludo y ademanes con una sorna grave ¡ EY...ACHY !

Pero si se trata de una hembra, la sigue de puerta, de esquina a esquina, se agranda y se convierte casi del tamaño de los ranchitos enfilados. Eso sí, sin cortejarla, no tiene necesidad de inspirarla ni muchos menos convencer a nadie.

Su naturaleza le hace invisible para poder incursionar los rincones de los aposentos.

Es el mismo silencio, el mismo aire que penetra en las vigiliias de las doncellas tzutuhiles.

Cuando hicimos nuestro ingreso, se miraron sarcásticamente los embajadores del dios terrenal, fuimos besando pies y manos de los principales brujos sentados a la bohemia en torno de una mesa bien pulida, donde estaban cinco personalidades del arte de la buena majadería con sus relevantes apellidos: Ma-chigullil Ma-Ajtzib, Ma-Televario, Ma-Ajchavajay. Todos descendientes de la Dinastía de los Ajpop.

Las elevadas copas de los enormes sombreros de tejano, resaltaban las personalidades. De sus cuellos estaban anudados vistosos colores de paño, colgándoles sobre sus pechos, esta prenda la acostumbra llevar para defenderse de la demanda de licor que les daban y esta les servía de colador donde se filtraba el guaro, que escapaba de sus labios durante las ceremonias y eran cambiadas sin que

los fieles se dieran cuenta, creyendo estar libando con superhombres que los más fuertes licores no aflojaban sus organismos.

En la cofradía comparte con los demás Santos poderes iguales o posiblemente superiores.

Desde un alto trono sentado majestuosamente y custodiado por hombres centinelas quienes permanecen enfundados en unos gabanes de jerga ordinaria de pies a cabeza y en línea vertical sostenían en sus manos unas varas cilindras.

Delante del altar hay flores frescas, otras marchitas, más abajo una silla patriarcal adornada con figuras en alto relieve de pájaros, culebras, demonios, etc.

Sobre una mesa ahumada por el humo del incienso, el copal y el pom, hay copas que se deslizan de un lado a otro por manos nerviosas, botellas vacías, otras llenas y las últimas comenzadas vertiendo sus contenidos en otras copas sucias y goteantes de residuos de bebidas.

Rejalajmán

No fué inutilizado por los nahuales según se cree, fue la misma religión cristiana la que lo relegó a un segundo plano.

Los brujos lo habían ensobrecido por la fortuna, había escalado los puestos más elevados dentro de la fé, ocupaba uno de los altares sagrados en la cofradía, tenía sitio prominente dentro de la misma iglesia, en una palabra se había enseñoreado de toda la casa.

Los zahorines y brujos con mucha astucia habían entremezclado en sus rituales paganos nombres de Santos y Santas de la iglesia. Ciértamente no había abandonado sus bosques, sus cuevas, sus grutas ni sus altares de piedra sagrada, sino sencillamente encontraron fácil ingreso a la vecindad, una gran tolerancia de parte de los encargados de la grey, nadie se atrevía a echarlos fuera, como lo hiciera el carpintero con los mercaderes del templo.

Era una época de confusión: los brujos y zahorines estaban causando grandes estragos aprovechando la indiferencia del indígena a recibir la nueva religión de los blancos, y a la vez era muy contado el tzutuhil que medio entendía la lengua del europeo.

Hasta que mucho tiempo después se asomó un cura fuerte de carácter como su mismo nombre lo decía, Godofredo: herencia al rescate del Santo Sepulcro, echó a la calle a los embajadores de la grán mafia tzutuhil. A empellones y puntapiés en compañía de su Santo terrenal el Maximón, para dejar expedita la iglesia de la atmósfera pagana que ya se respiraba muy densa. Valor de hombre oponerse al sentir y creer de un pueblo herencia de un pasado.

El cura no escatimó esfuerzos aún con el riesgo a perder su vida entre la turba endemoniada, que a gritos pedía contra el atentado de su dios terrenal; el hombre no se amedrantó y como única arma tenía oprimiendo su pecho una crucesita y su biblia, y con el otro brazo seguía arreando a la legión enfurecida que entre amenazas y gritos e injurias en su dialecto iba cediendo terreno.

El cura tomó posesión de la entrada principal, la turba seguía amontonada en el patio, levantando manos y rostros al cielo en señal de protesta, haciendo ademanes como besando al sol, fue larga la espera sin que la multitud arrancara hacia un lugar determinado. Y sin que el erudito adivinara sus planes ¿Cuál no sería su estado de ánimo? Al ver que dentro de la multitud salían unos y se colocaban al frente pero ya con gabanes negros y amarradas las cabezas con los zutes ceremoniales, cuando ya había un buen número de engabanados levantaron a su santo terrenal portándolo como estandarte y arrancaron rumbo a la entrada principal posesionada por el cura, quien seguía meditando.

El hombre tenía que enfrentarse nuevamente a la turba o huír antes de caer aplastado a los pies de la envilecida legión, y como comprendió que no había manera de evitar el avance, optó por salirles al encuentro y en un acto de gallardía les arrebató al muñeco que llevaban portando los engabanados, la turba al ver que los de adelante fueron despojados de su estandarte, en vez de acometer al enemigo, se desbandaron corriendo en diferentes direcciones chocando unos contra otros. Mientras cundía el pánico y empezaba a reinar el caos, el religioso aprovechó para encaminarse erguido hacia la orilla del lago, con su cargamento.

El dios muñeco como que fue echando más y más peso sobre su captor, porque al doblar unas cuantas esquinas ya iba muy mal cargado y era constantemente cambiado de posición sobre los hombros.

El pueblo entero asomaba sus cabezas sobre los muros de piedra, atónitos de ver tanto atrevimiento, tanta osadía del cura quien llevaba secuestrado al Santo terrenal.

Los catequistas desperdigados entre la multitud, seguían de lejos, temerosos a ser señalados por los zahorines como cómplices de los sucesos y para que la maldición del terrenal no les cayera sobre sus cabezas, poco a poco se fueron escabullendo dentro de la multitud.

Los improperios, las maldiciones y condenaciones siguieron de parte de los brujos y zahorines, quienes no pudieron defender a su dios.

Los grandes hombres de la credulidad mafiosa se declararon en sesión permanente, se despojaron de la prenda que les colgaba de sus cuellos. Estaban pálidos y meditabundos, les habían arrebatado a su santo. ¿Qué pretexto iban a dar a sus fieles seguidores? ¿No habían hecho creer a la gente que su dios era intocable? Hoy se lamentan de su cobardía, porque se lo dejaron arrebatar. ¿A donde irían a buscarlo? ¿Como resolverían el caso ante los seguidores?

Dispusieron entonces darse a la tarea de fabricar a otro con las mismas características del anterior, siempre de corazón de plata y miembros inferiores de palo de pito.

Acto seguido condenaron la actitud del religioso: pidiendo al cielo maldición hicieron varios sacrificios y demás ritos, pidiendo desgracia al hombre quien osadamente les arrebató a su dios el Santo terrenal Maximón.

San Pedro la Laguna, Sololá